

Isabel DE RIQUER

## LAS ISLAS PARLANTES

«Ven al Maluco, Magallanes, amigo mío, si quieres hacerte rico en poco tiempo»<sup>1</sup>.

La carta de invitación de Francisco Serrano llegó puntualmente a su destino. Tentadora propuesta, prosaica y convincente; sin florituras retóricas, sin recurrir a modelos literarios<sup>2</sup>.

La respuesta la llevaron cinco naves con 265 hombres dentro, al mando del Capitán General Fernando de Magallanes. Regresaron, al cabo de tres años, dieciocho hombres en la nave *Victoria*, sin Magallanes. De la ruta y del comercio de las especias casi no se habló porque se había dado por primera vez la vuelta al mundo.

Los hombres que viajaron al Nuevo Mundo buscaban encontrar un nuevo sentido a su vida. A unos les motivó la riqueza, a otros les empujó la misionera; otros quisieron encontrar aventuras, emulando a los caballeros andantes que, hasta hacía poco tiempo, habían tenido que ir a «fazer armas...por otras partes de la cristiandad» porque los reinos de Castilla y León se le habían quedado pequeños<sup>3</sup>.

Ahora, las aventuras del Renacimiento estaban en el mar; no en el Mediterráneo que también se les había quedado pequeño. La nueva ruta estaba hacia el oeste, empezaba en el Atlántico. Allí estaban las islas y los hombres de extrañas costumbres que los libros describían desde hacía siglos. Lo que habían escrito Plinio, Herodoto, y Mandeville y otros escritores, lo habían visto Marco Polo, Vespucci, Colón y otros viajeros y navegantes. El *argumentum veritatis* del hombre del Renacimiento era el testimonio visual: «Yo he visto...»<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> F.López de Gómara, *Historia General de las Indias*, B.A.E.,XXII, vol.1,pp. 212-213. La cita no es textual.

<sup>2</sup> Véanse las sugestivas páginas sobre la «riposta ad un invito» de N.Bottiglieri, *Nel verde mare delle tenebre. Viaggi reali e immaginari nei secoli XIV-XV*, Roma, 1994, pp.103-107.

<sup>3</sup> Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*, ed. de R.B. Tate, Clarendon, Oxford, 1971.

Antonio Pigafetta, voraz lector de «molti libri», envidioso oyente de «diverse persone que praticavano...de le grande et stupende cose del mare Oceano», decide imitar a sus modelos, a los escritores y a los descubridores del Nuevo Mundo. Sólo de esta manera, en las primeras décadas del siglo XVI, puede un hombre alcanzar la fama. Y Pigafetta escribe,

«deliberay...far experientia di me et andare a vedere quelle cose che potessero dare alguna satisfatione a me medesimo et potessero parturirmi qalche nome apresso la posterità»(51-53)<sup>5</sup>.  
«...me determiné asegurarme con mis propios ojos de la veracidad de todo lo que se contaba, para a mi vez contar a otros mi viaje, tanto para entretenerles como para serles útil y lograr al mismo tiempo hacerme un nombre que llegase a la posteridad»(41-42).

Y este deseo de renombre le lleva, nada menos, que a ser de los pocos que dieron, porque sobrevivieron, la primera vuelta al mundo y a proporcionarnos su testimonio directo.

Gracias a las buenas relaciones que tenía Antonio Pigafetta, que era caballero de la Orden de Rodas, con algunos dignatarios de la corte del Papa León X, un Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, logra embarcarse en Sevilla en la nave *Trinidad*, en calidad de sobresaliente, es decir, hombre de armas que en caso de necesidad reemplazaba a otro<sup>6</sup>.

Al regresar del viaje, Pigafetta es recibido en audiencia en Valladolid por el rey de España, Carlos I, al que le ofrece «non oro nè argento, ma cose da essere assay apreciati da un simil signore...li detti uno libro, scripto da mia mano, de tucte le cose passate de giorno in giorno nel viaggio nostro». Al rey de Portugal, Juan III, «...parlay de le cose haveva vedute»; y a M<sup>a</sup> Luisa de Saboya, regente de Francia, «...feci donno de algune cose de l'altro emisperio». Una gradación interesante e interesada, pues la primera vuelta al mundo ha sido una empresa española, haciendo caso omiso del Tratado de Tordesillas, y el rey de España ha de ser el depositario y el primer lector del

<sup>4</sup> V. Bertolucci Pizzorusso, «La certificazione autoptica: materiali per l'analisi di una costante della scrittura di viaggio», en *Viaggi e scritture di viaggio* a cura di C. Bologna, *L'uomo*, Università di Roma «La Sapienza», vol.III, n.s-n.2, Pisa, 1990, pp.281-299.

<sup>5</sup> A. Pigafetta, *La mia longa et pericolosa navigatione*. Trascrizione dal codice della Biblioteca Ambrosiana, introduzione e note di Luigi Giovannini, Milán, Edizioni Paoline, 1989. La versión española es: Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno al globo*, Madrid, Espasa-Calpe, Col. Austral nº 207, [1941] 1963, que traduce la versión francesa de C. Amoretti de 1800 sin que aparezca el nombre del traductor. He añadido entre [ ] alguna palabra que falta en la traducción española. La primera numeración es la de las páginas de la edición italiana; la segunda la de la versión española.

<sup>6</sup> En la Relación de los tripulantes de la Armada de Magallanes, Pigafetta aparece como «Antonio Lombardo, Sobresaliente», M.Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo XV*, B.A.E., II, pp.421-429.

libro, como objeto material y también como memoria de haber «compiuto lo circulo del mondo, del levante al ponente» (217-218; 142-143).

Pigafetta no era un conquistador, ni un descubridor, ni navegante, ni misionero ni mercader; pero fue todo esto y más. Era un viajero curioso que había leído mucho y que sabía escribir, y escribió en un diario, escrupulosamente sincrónico, «ogni giorno», lo que veía con sus propios ojos. Y el texto último que redactó unos años después de su llegada, seguramente en varias etapas, lo dedicó a Felipe Villiers de L'Isle Adam, gran Maestre de la Orden de Rodas, entre finales de 1524 y principios de 1525<sup>7</sup>.

Pigafetta, durante los años de redacción, ordena sus diarios y sus recuerdos, desde la partida al desembarco. Viaja, entonces, su memoria fechando cada etapa, dando minuciosa cuenta de datos y coordenadas geográficas y de la bonanza o peligros de la travesía. Y escoge para su libro el modelo epistolar, de carta al mecenas, interrumpiendo, a veces, el relato para llamar la atención al destinatario sobre algo que le puede parecer interesante: «Açiò que vostra illustrissima signoria sapia le cerimonie, che uzanno costoro, in benedire lo porco» (129; 91); y acabando algunos episodios con un «lasso per non essere longo», o «lascio per non essere prolixo», todo ello con una hábil combinación de naturalidad y procedimientos retóricos muy comunes. Y nunca salpica su relato con complicadas citas de Dante, Petrarca o Plinio, como Amerigo Vespucci<sup>8</sup>.

El carácter autobiográfico de un relato de viajes implicaba una selección objetiva de los hechos reales ocurridos, que se mezclaba con la propia experiencia e, inevitablemente, con la plasmación del amor, odio o indiferencia hacia las personas o hacia las cosas. Por eso cada relato de conquista, descubrimiento o evangelización, aunque tienen tantos elementos comunes, es diferente, porque las situaciones, condiciones e intereses personales son múltiples y el arte de estos escritores accidentales también.

Pigafetta, que quizá calló lo que no le interesaba que se supiera, insistió en la experiencia propia, narrada desde dentro, en la visión personal, delatando una natural y acertada intuición al escoger o destacar determinadas expresiones, personas y acontecimientos reales, que se mezclan hábilmente en la relación con reminiscencias librescas medievales y con las modas narrativas de los relatos de descubrimientos<sup>9</sup>. Pigafetta contribuyó, junto con

<sup>7</sup> En 1523 estuvo en la corte de Mantua de Isabel de Este Gonzaga en donde parece que empieza la redacción del viaje. Va a Roma, llamado por el Papa Clemente VII, otro Médicis, y sigue escribiendo su libro. Regresa a Venecia con el permiso de impresión. Entre 1524 y 1530 ultima la redacción dedicando el libro a Villiers.

<sup>8</sup> G. Contini, «De Florencia al Brasil-De Vicenza a la Patagonia», *Nuovi Quaderni Italiani*, Buenos Aires, Istituto Italiano di Cultura, 8, 1982, pp.9-23; Amerigo Vespucci, *Cartas de viaje*, introducción y notas de L. Formisano, Madrid, Alianza editorial, 1986, pp.26-28. Pigafetta sólo alude una vez a la laguna Estigia (66; 48).

<sup>9</sup> Lo que llama Formisano, o.c. pp.28 y ss, «marcopolismos» y «colombinismos», pues los escritos de Colón constituyen «un nuevo género de literatura, un conjunto bien concer-

otros cronistas y relatores, a renovar y actualizar la idea que se tenía de «el buen salvaje». El paisaje paradisíaco de las islas, la desnudez de los indígenas que tanto extrañó y preocupó a todos los viajeros y descubridores, la simplicidad de la vida, ¡tan longeva!, y de las costumbres, es decir, el primitivismo, les hacía pensar que el nativo vivía feliz en aquella especie de Paraíso Terrenal. Así lo llama Vespucci en *Mundus Novus*: «Y ciertamente si el Paraíso Terrenal en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países»<sup>10</sup>.

Y también habló Pigafetta de los gigantes (73 y ss.; 52-57) y de los pigmeos: «nascono homini piccoli como li nani» (201; 132); y de los caníbales, pues estaban allí (66; 48; 70; 51, y etc.). En la nueva geografía que él había visto la realidad nueva y las leyendas antiguas coexistían en perfecta armonía. Pero cuando ha de explicar al maestro de Rodas que en Tenerife existe un gran árbol envuelto por la niebla, cuyas hojas absorben el agua y la destilan hasta caer en una fosa cavada a su pie, a donde van los hombres a buscarla y los animales a abrevarse (60; 45)<sup>11</sup>; o que existen hombres de orejas tan grandes que les sirven de manta (205; 135), o que en la isla de Timor hay demonios (206; 136) y que el pájaro *garuda* puede cargar con un búfalo o con un elefante (209; 137)<sup>12</sup>, o que por Tador se pasean hombres sin cabeza (182; 128)<sup>13</sup>, o, incluso, que hay islas en las que sólo viven mujeres

---

tado de fórmulas, motivos y temas del que Colón es el inventor y el principal divulgador». En el caso de Pigafetta podríamos también añadir los frecuentes «vespucismos». Entre algunos de estos -ismos, además de los arriba indicados, está el de la creencia de los indígenas de que los descubridores eran hombres venidos del cielo, etc.

<sup>10</sup> A. Vespucci, o.c. p.96

<sup>11</sup> Ya hablaba de esta isla Plinio, situándola también en Las Canarias. Parece que se trata del árbol garoa, nombre del «árbol santo» que en la isla de El Hierro condensaba las nieblas y daba a los herreños agua suficiente para sus necesidades; véase en el *Tesoro lexicográfico del español de Canarias* (ed. de C. Corrales Zumbado, D. Corbella Díaz y M<sup>a</sup> Á. Álvarez Martínez) RAE, Gobierno de Canarias, 1992, las voces *gaoa* y *garoe* o *garoé*.

<sup>12</sup> *L'Indonesia nella relazione di viaggio di Antonio Pigafetta*, introduzione e note di A. Bausani, con traduzione in indonesiano di F. Soenoto Rivai, Roma, Istituto Italiano per el Medio ed Estremo Oriente, 1972: «Pigafetta è anche il primo europeo a parlare della leggenda indonesiana dello Albergo cosmico nel centro del mare, abitato dai mostruosi *Garuda*», p.14 y, más adelante, p.60, explica más ampliamente la leyenda. A Marco Polo también le hablaron «certi mercatanti» del pájaro «*ruc*, ma per la grandezza sua noi crediamo che sia grifone»; véase la larga nota sobre este pájaro en Marco Polo, *Milione*, ed. de V. Bertolucci Pizzorusso. Indice ragionato di G. Cardona, Milán, Adelphi, 1975, pp.706-709. Agradezco las noticias que me dio, durante este Seminario, acerca de este raro pájaro mi amigo y colega Nicasio Salvador Miguel, así como su artículo «*De una ave llamada rocho: Para la historia literaria del ruj*», en *Fernando de Rojas and «Celedina»*. *Approaching the Fifth Centenary*, Madison, 1993, pp.393-411.

<sup>13</sup> Bausani, o.c., da alguna explicación acerca de algunos rituales mágicos de las Molucas, pp. 47-48.

(208; 209; 137), Pigafetta escribe, entonces, «ne disse il nostro piloto più vechio», «loro ne discero», «si como ne fu riferito». O después de la prolija descripción del palacio del rajá de la China concluye: «Yo no he visto nada de todo lo que acabo de contar; pero escribo estos detalles simplemente según el relato de un moro que me aseguró haberlo visto»(213; 139). Tampoco Pigafetta, como Marco Polo y como Colón, vio a las Amazonas, aunque tanto se había escrito de sus costumbres; pero todos estos escritores hablan extensamente de unas islas habitadas sólo por mujeres, porque en todas las narraciones de cosas vistas por uno mismo, más de la mitad eran cosas vistas o contadas por otros. Y en estos relatos de viajes, los escritores, aunque pasen los siglos, se resisten a abandonar los mitos y los actualizan y los cambian de lugar, de manera que las Islas de las Mujeres tanto están en el Índico, o cerca de Etiopía, o en Las Antillas<sup>14</sup>.

No hay asombro en la relación de Pigafetta, y si lo tuvo, en la redacción posterior lo matizó; extrañeza sí ante el aspecto y las costumbres de los indígenas; rara vez ridiculiza hábitos chocantes, como ocurre en otras relaciones: «Llevan los cabellos levantados sobre la cabeza por medio de una peineta de caña con largos dientes, que pasan de lado a lado; envuelvénse la barba en hojas, encerrándola en estuches de caña, moda de que nos réimos mucho»(204; 134). Nunca demuestra superioridad y siempre sincera e incontenible admiración por lo que contempla: las hipérboles y los superlativos abundan en las frases de admiración: «cosa in vero bellissima di vedere», «cosa belisima», sean mujeres (algunas), animales, paisajes «credo non sia al mondo el più bello et migliore stretto como è questo»(88; 62) refiriéndose al estrecho de Magallanes. O los nuevos sabores de las frutas nuevas, «fruto in vero più gentil que sia»; pero sin abusar del adjetivo «maravilloso» tan común en sus modelos literarios<sup>15</sup>. Y se esfuerza en dar largas y minuciosas descripciones de lo que tiene ante sus ojos, como si fuera un naturalista o un antropólogo, de los animales y de los peces, de las flores y de los árboles, de los paisajes y, sobre todo, de las costumbres sociales, gastronómicas, sanitarias, religiosas y sexuales, estas últimas tratadas con naturalidad y pudor, de los hombres y de las mujeres de los pueblos que visitan las naves de Magallanes<sup>16</sup>. Y sólo puede dar noticias del nuevo mundo a los que le escuchan y a los que le lean, porque nunca han visto nada de ello y muchos de ellos nunca lo verán, comparándolo con lo que hay en Europa, acomodándolo a esquemas europeos. El mundo recién descu-

<sup>14</sup> Véanse las interesantísimas páginas sobre la «isla mujeril» de Juan Gil en *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Alianza Universidad, 1989, pp.34-40.

<sup>15</sup> E. Martinell, *La comunicación entre españoles e indios: palabras y gestos*, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 79-80, 84; y L. Formisano, o.c. p.29.

<sup>16</sup> Ha sido elogiada la descripción de Pigafetta del «ave del paraíso» (181-182; 128), así como la del árbol del clavo que «è la prima mai fatta da un europeo ed è stata molto lodata dai botanici per la sua esatezza e minuzia», Bausani, o.c. pp.13 y 14; y la de la Cruz del Sur (96-97; 65-66).

bierto es difícil explicar de otro modo, por lo que Pigafetta dilata el relato recreándose en las descripciones de las cosas nuevas, observándolas, primero, de manera analítica y desmenuzando, luego, formas, colores, sabores para transmitir las de manera creíble.

«Le chiacare sonno fructi como le angurie, de fora nodose, de dentro ànno certi fructi rossi piccoli como armelini, non hanno osso, ma per quello hanno una medola como uno fazolo, ma più grande, et al mangiar tenere como castagnie, et un fructo, facto como la pignia, de fuora iallo et bianco de dentro, et al tagliare como uno pero, ma più tenero et molto migliore, deto connilicai» (202).

(Los *chicares* son frutos parecidos a la sandía, pero su cáscara está llena de nudos; dentro están llenos de semillitas rojas, parecidas a las pepitas de melón, sin cáscara leñosa, de una sustancia medular como las judías blancas, pero más grandes, muy tiernas y con sabor a castañas. Y encontramos un fruto en forma de piña, pero de color amarillo, blanco por dentro, y al cortarle tiene alguna semejanza con la pera, pero mucho más tierno y de un sabor exquisito; le llaman *comilicai*) (133)<sup>17</sup>.

Al lado de esta exacta y sencilla descripción, creíble e imaginable en cuanto a la forma, el color, la textura y el sabor de esta fruta, la que Pigafetta da del guanaco, aunque exacta también, podía parecer a los ojos de los lectores una especie de animal monstruoso, como el que se contemplaba en los dibujos de libros de viajes fantásticos, como el de Mandeville.

«el qualle animale à el capo et orecchie grande como una mula, il colo et il corpo come uno camello, le gambe di corvo et la coda de cavalo, et nitrisse como lui» (74).

(Este animal tiene cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; relincha como este último) (53)<sup>18</sup>.

En cambio es parco de palabras y prudente al dar cuenta de la rivalidad que hubo en toda la travesía entre españoles y portugueses, o del complot contra Magallanes y la traición del intérprete Enrique, silencioso sobre Elcano. Su admiración y afecto leal por el capitán general Magallanes le hace callar al sobresaliente Pigafetta su despótico comportamiento y ensalzar su imagen en todo momento. Pondera la prudencia de Magallanes ante el oro que se les ofrecía a manos llenas, alaba su continua atención a los enfer-

<sup>17</sup> Véase sobre el nombre de este fruto las observaciones de Bausani, «The first Italian-Malay vocabulary by Antonio Pigafetta», *East and West*, Roma, N.S.vol.11, n°4, Dec.1960, pp.232-233.

<sup>18</sup> «...Pigafetta deve far ricorso a quattro diversi animali, e impegnare le conoscenze di due continenti per costruire una analogia credibile agli occhi dei suoi lettori(rivista oggi l'analogia risulta più surreale dell'originale)», A. Pigafetta, *Il primo viaggio intorno al mondo*, Introduzione di N. Bottiglieri, Roma, 1989, p.33.

mos y heridos de la tripulación, insiste en su celo misionero, pues después de su muerte ya no hay evangelización de los pueblos infieles en el resto del viaje. Incluso casi le hace autor de un milagro (128; 90) y cuando muere le dedica un emotivo y sincero planto en el que le llama «il spechio, il lume, el conforto et la vera guida nostra»(135; 95).

Pigafetta asiste a todo, siempre está en el lugar en que ocurre los acontecimientos, como testigo y, alguna vez, como protagonista. Da cuenta de los éxitos y de los fracasos, del oro y del hambre, de las traiciones y de las amistades, de los muchos muertos y de los escasos supervivientes de la larga y arriesgada ruta de las especias. Sus aventuras personales están narradas con sencillez, no se siente héroe en ningún momento, son los santos o Dios los que le salvan siempre (94, 107; 65, 73), pasa un hambre atroz, pero no padece el escorbuto (93; 64), se cae al océano desde el barco (107; 73), le hieren en la frente con una flecha envenenada (137; 138; 97), y también participa en banquetes sentado al lado de reyes (109; 75; 76) e, incluso, una vez «il principe ne face balare con tre [fanciulle], tutte nude» (122)<sup>19</sup>.

Es, quizá, en el prólogo donde acentúa más dramáticamente los peligros del viaje: «li grandi et admirabili cose che Dio me à concesso vedere et patire ne la infrascripta mia longa et pericolosa navegatione...tute le vigilie, faticque et peregrinatione mie» (51-55; 41-42). Y entre peligro y peligro Pigafetta lo observa todo, lo pregunta todo y escribe «ogni giorno» lo que ha pasado, lo que ha visto y lo que le han dicho.

Lo que distingue a Pigafetta de otros relatores y cronistas de viajes de descubrimiento es que uno de sus intereses más vivos es el de conocer, no sólo él sino que se conozcan en Europa, las lenguas de los pueblos que visita la flota de Magallanes. Los nuevos paisajes, los nuevos animales, árboles o frutas son descritos minuciosamente, despacio, comparándolo con los conocidos, como hemos visto ya algún ejemplo. Pero son los hombres y las mujeres, su vida y sus costumbres lo que más le interesa y, sobre todo, la lengua en que hablan.

El caballero de Rodas, el criado del Capitán General se convierte en lingüista, y está siempre «ogni giorno» con la «penna in mano» escribiendo cada palabra que oye de los indígenas, haciéndosela repetir mil veces, fijándose en la boca del que la pronuncia, aguzando el oído para distinguir los sonidos. Todo lo que se relaciona con el intercambio de lenguas, con el conocimiento de la lengua del otro, le interesa a Pigafetta, y lo anota: «il schiavo li parlò, il re lo intese, perchè in questa parte li re sanno più linguagii che li altri» (108; 74). La posibilidad de entenderse, de poder responder a las preguntas y poder, a su vez, hacerlas, de darse a conocer a los hombres y mujeres de lenguas tan diferentes, ausentes de cualquier referente común con las europeas, lleva a la creación de una cadena de intermediarios. Esta atención de Pigafetta al lenguaje, no sabemos si espontánea o preconcebida, personal

<sup>19</sup> En la traducción española de la versión de Amoretti no aparece este momento.

o indicada, va aumentando a medida que avanza el viaje, por lo que si el primer vocabulario, el del *Verzin*, el Brasil, está compuesto por ocho palabras, el de los Patagones ya tiene noventa y el último, el de Malasia, llamado por Pigafetta «vocabuli de questi populi mori», tiene unas cuatrocientas treinta voces. Los lingüistas han alabado la labor de Pigafetta, y este último vocabulario de la lengua de los musulmanes de las Molucas, ha sido considerado como el «primi piccolo dizionario malese mai pubblicato in Europa»<sup>20</sup>.

Tres meses pasó Pigafetta en Indonesia y algo más en las Filipinas. Las islas, aún las más pequeñas e incluso en las que no desembarcan y sólo se ven desde lejos, reciben un nombre nuevo (de los que hablaré más adelante) o son llamadas por el que ya tenían. Esto indica que Pigafetta buscaba ante todo informadores del lugar o familiarizados con aquel territorio y con sus lenguas. Y sabemos quiénes fueron algunos de estos informadores.

En las crónicas del descubrimiento del Nuevo Mundo el intérprete (faraute, guía, lengua, ladino, etc.) es el puente lingüístico entre dos culturas. Es, como en algunos textos medievales, en los que aparece el *latinier* o el *trujamán*, «depositario di una scienza linguistica rara e del potere demiurgico di mettere in comunicazione genti di lingue incomunicabile», como le define Gianfranco Folena<sup>21</sup>. En los viajes al Nuevo Mundo que narran las crónicas y las cartas de relación, la presencia del intérprete es necesaria, habitual y muy importante. Gran parte de los resultados obtenidos se debe a la competencia de los intérpretes de uno y otro lado<sup>22</sup>.

En la nave capitana, la *Trinidad*, viajaba un tal Henrique de Malaca en calidad de «lenguaraz»<sup>23</sup>. Magallanes en una expedición que había hecho a Sumatra años atrás, lo había traído de allí; oficialmente era, al partir, el único intérprete de las cinco naves.

En el libro de Pigafetta Enrique aparece tarde, después de haber pasado por el Verzín (Brasil) y carece de nombre: «Uno schiavo del capitano generale, che era de Zamatra, ...li parlò, il qualle subito inteseno» (108)<sup>24</sup>.

Este intérprete sirve para aclarar situaciones confusas:

«Trovorono infiniti huomini insieme con lo re, tuti paurosi per le bombarde. L' interprete li disse questo esere nostro costume, intrando in simili luogui, in segnio de pace et amisitia, et per honorare lo re del luogo scaricavamo tucte le bombarde. El re et tucti li suoi se asegurorono» (117).

<sup>20</sup> Bausani, «The first...»; y Bausani, o.c. p.15.

<sup>21</sup> G. Folena, *Volgarizzare e tradurre*, Torino, Einaudi, 1991, cita pp.19 y 20.

<sup>22</sup> E. Martinell, *Aspectos lingüísticos del descubrimiento y de la conquista*, Madrid, CSIC, 1988.

<sup>23</sup> Así es como aparece consignado en la *Relación de los tripulantes...* p.179.

<sup>24</sup> Bausani, «The first...» y o.c. pp.12-13.



(Encontraron al rey rodeado de una inmensa multitud, alarmada por el estruendo de las bombardas. El intérprete empezó por calmar al rey, diciéndole que era una costumbre nuestra, y que este estrépito no era más que un saludo en señal de paz y amistad para honrar al mismo tiempo al rey y a la isla. Con ello se aquietó todo el mundo) (81).

También tuvo que actuar el intérprete como intermediario en las tareas de catequización:

«Domenicha, ultimo de marso, giorno de Pasca, ...el capitano generale mandò il prete...con lo interprete a dire al re che non volevamo discendere in terra per disinar seco, ma per al dire messa...» (112). (El domingo de Pascua, último día de marzo, el capitán general mandó a tierra al capellán...con el intérprete con el fin de comunicar al rey que iríamos a la isla, no para comer con él, sino para decir la misa...) (77).

Y durante la misa es el intérprete quien explica el significado de la cruz con los clavos y la corona que llevaban en la expedición, por medio de una larga conversación en la que el aspecto religioso del símbolo iba unido al político y también al supersticioso:

«...lo capitano generale..li disse per lo interprete questo era il vessilo datoli da lo imperatore suo signore, açiò in ogni parte dove andasse, metesse questo suo segnialle, et che voleva meterlo ivi per sua utilità, perché, se venissero algune nave de le nostre, saperianno, con questa croce, noi essere stati in questo locho,...et che conveniva metere questa croce in cima del più alto monte que fosse, açiò, vedendola ogni mattina, la adorasseno, et, se questo facevano, nè troni nè fulmini ni tempesta li nocerebe in cosa alguna» (112-113). (...el capitán general... por medio del intérprete, dijo a los reyes que esta cruz era el estandarte que le había confiado su emperador para plantarla allí donde pisase, y que, por consiguiente, quería elevarla en esta isla, a la cual el santo signo sería además favorable, porque todas las naves...conocerían al verla que a nosotros nos habían recibido como amigos...y que era preciso colocar la cruz sobre la más elevada cima ...a fin de que todos pudiesen verla, y que cada mañana debían adorarla, pues siguiendo su consejo, ni el rayo ni las tormentas les ocasionarían daños) (78).

Y también a través del intérprete son adoctrinados los indígenas en la peculiar catequesis de Magallanes, que Pigafetta, a su vez, recoge y nos transmite, sin hacer ningún comentario:

«Lo capitano disse al re, per lo interprete, ringratiasse Ydio per ciò lo haveva inspirato a farse Christiano et que vincerebe più facilmente li sui nemisi che prima: rispose che voleva essere Christiano» (124). (Hizo el capitán decir al rey por el intérprete que, entre las muchas ventajas de que iba a gozar haciéndose cristiano, tendría la de vencer más fácilmente a sus enemigos) (87).

Y cuando el intérprete traiciona a los españoles, el mismo día en que murió Magallanes, Pigafetta le llama por su nombre: «l'interprete nostro, che se chiamava Henrich» (136; 96), y relata punto por punto las idas y venidas de Enrique del barco a tierra, para tramar la traición con los mismos indígenas por los que había muerto, defendiéndolos, Magallanes (136-138; 96-97).

Enrique fue sustituido por «uno Indio christiano, chiamato Manuel, servitore d'un Pietro Alfonso de Lorosa, portughese,...il servitore, per sapere parlare in portughese, entrò ne le nave et dissenne...» (168-169; 115-116). También el piloto Juan Carvalho, portugués, que había estado cuatro años en el Brasil (67; 49) debió ser una gran ayuda a Pigafetta, en la etapa de la tierra del *Verzin*.

Pigafetta tuvo también muchos intérpretes ocasionales: los nativos de las infinitas islas que visitaron con los que se relacionaron amistosamente, o los que hicieron prisioneros. Algunos de ellos debían tener un conocimiento muy amplio de las islas indonésicas, pues sabían las lenguas y costumbres de islas muy alejadas de la propia y podían entenderse con facilidad en una especie de lengua franca, probablemente una forma del malasio<sup>25</sup>.

Pero cuando el contacto verbal era nulo o escaso, la relación pacífica se anunciaba mediante gestos; y el gesto que tuvo más éxito, y que fue comprendido enseguida por ambas partes, fue el intercambio de regalos que detuvo la agresividad, inició la confianza y favoreció los comportamientos.

La lista que aparece bajo el epígrafe «Mercaderías para rescate»<sup>26</sup> nos llena de asombro al comprobar, además del equipaje para cinco naves y 265 hombres, la cantidad de anzuelos, cuchillos, peines, espejos, tijeras, cencerros, rosarios, cuentas de vidrio, bonetes, telas de terciopelo, etc. que llevaban. Incluso lo más corriente podía ser, para los que no lo conocían, algo muy valioso. La prolija cuenta de regalos recíprocos, las circunstancias en que se efectuaron aparecen meticulosamente consignadas por Pigafetta, y les propocionaron a ellos, y también ahora a nosotros, el conocimiento de los criterios de valoración de unos y otros. Basten algunos ejemplos a cambio de comida, es decir, como transacción comercial o de trueque:

«per uno amo da pescare o uno cortello davano .5. ho .6. galinne; per uno petine, uno paro de occati; per uno spequio ho una forfice, tanto pesce, che haverebe bastato a .X. homini; ...et per uno re de danari , che è una carta da iocare, me deteno .6. galine et pensavano anchora haverni inganat» (64-65).

<sup>25</sup> Bausani, o. c. pp.12-13,y «la relazione di Pigafetta e la sua lista provano *ad abundantiam* che il «malese», già in quell'epoca, in una forma semplificata, era inteso non solo fin nelle lontane Molucche, ma persino nelle Filippine» p.18.

<sup>26</sup> M. Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, B.A.E. Madrid, 1964, tomo IV, pp. 3-9,182-187.

(por un anzuelo o por un cuchillo nos dieron cinco o seis gallinas; por un peine, dos gansos; por un espejito o por un par de tijeras, el pescado suficiente para comer diez personas...Cambiamos asimismo a buen precio las figuras de los naipes: por un rey de oros me dieron seis gallinas, y aún se imaginaban haber hecho un magnífico negocio) (47).

a cambio de oro:

«Vennere li mostrassemo una botega pienna de le nostre merchantie, per il que restoronno molto admirati. Per metalle, fero et l'altra merchantia grossa ne davano horo; ...Questi populi ne davano .x. peci d'oro per .xiiy. libre de ferro...» (123-124).

(El viernes abrimos nuestro almacén y expusimos nuestras mercancías, que los isleños admiraron extrañados. Por objetos de bronce, hierro y otros metales nos daban oro...Estos pueblos por catorce libras de hierro nos daban diez piezas de oro...) (87).

para congraciarse con ellos y fomentar la paz y la amistad, es decir, para evitar la violencia:

«Conclusa la pace, lo capitano fece dare una colatione; poy lo principe et re presentarono al capitano, da parte del suo re, alquanti cestoni de rizo, porci, capre et galine, et li discero le perdonasse...lo capitano donò al principe uno panno biancho di tella sotilissima, uno bonnet rozo, alquante felce de christalino et uno biquier dorato de vetro. Li vetri sonno molto apreciati in queste parte» (120-121).

(Después de esta ceremonia se sirvió el desayuno, e inmediatamente los indios presentaron al capitán, en nombre del rey de Zubu, grandes cestas llenas de arroz, cerdos, cabras y gallinas, ...el capitán dio al príncipe una tela blanca finísima, un gorro rojo, algunos hilos de cuentas de vidrio y una taza de vidrio dorado [El vidrio es muy apreciado en estos lugares] (84).

Esta observación de Pigafetta podría resumir las verdaderas intenciones de tantos regalos:

«...li homini de questa ysola sonno selavatici et bestialli, mangiano carne humana et non hanno re...quando ne vistenno, ne venirono incontra con archi; ma dandoli alguni presenti, subito diventassemo sui amici» (204).

(...los indígenas de esta isla son salvajes, más parecidos a las bestias que a hombres, comen carne humana [y no tienen rey]...En cuanto nos divisaron ...avanzaron contra nosotros, arco en mano, en actitud amenazadora; pero con algunos regalos nos hicimos amigos pronto) (134).

Algunas veces se convirtieron en regalo que amansaba actitudes violentas o fueron intercambiados por objetos valiosos, los cuadernillos de papel de Pigafetta,

«a li altri sete principali, a qui tella, a qui bonneti et a ogni uno uno quinterno de carta...» (151).

(a los otros siete personajes que le acompañaron les hicimos también regalos, tales como algunas varas de tela, un gorro o un cuaderno de papel) (102).

El papel, en blanco como escrito, fue valorado y venerado de manera extraordinaria, porque los pueblos que ya conocían la escritura lo hacían en cortezas de árbol,

«tene x scrivani che scriveno le cose sue in scorse de arbore molto sotile, a questi chiamano xiritoles» (p. 154)<sup>27</sup>.

(Tiene diez escribas, dedicados únicamente a escribir lo que le interesa, en cortezas muy delgadas de árbol, que llaman *chiritoles*) (104).

La expedición llegó también a otros pueblos en los que no se conocía la escritura como transmisora de mensajes equivalentes a los orales, por lo que no nos ha de extrañar la reacción de algunos de los interlocutores de Pigafetta:

«Scrissi asai cosse, come le chiamavano; quanto el re et li altri me vistenno scrivere et li diceva quelle sue parole, tutti restorono atoniti» (110).

(...le pregunté el nombre de muchos objetos en su lengua, [cuando el rey y los otros me vieron escribir y decirles sus palabras] quedaron muy sorprendidos) (76).

Y una vez iniciada la mutua confianza empezaba la tarea lingüista de Pigafetta recogiendo las palabras, no sólo las más usuales, sino también otras poco frecuentes, y, sobre todo, las nuevas, incluso abstractas, con sutiles distinciones. Y todo ello entre desembarcos, combates, misas, banquetes y largos parlamentos a través de los intérpretes o de señas. Más tarde, lejos de las islas en las que se hablan aquellas lenguas pasó en limpio sus vocabularios y, a pesar del tiempo transcurrido y de su escasa preparación para ello, la lista de los vocablos malasios, ya aludida, es admirable y exacta en la ortografía<sup>28</sup>.

Los gigantescos patagones fueron algunos de los más entusiastas colaboradores de nuestro relator, y el encuentro con algunos de ellos puede servirnos de excelente ejemplo:

«un di al inproviso vedessemo uno homo, de statura de gigante, che stava nudo ne la riva del porto, balando, cantando et butandose polvere

<sup>27</sup> En la edición de Andrea de Mosto hay una nota que dice: «Cherita-tulis, scrittori di narrazioni», véase, *La mia longa...*p.154 n.

<sup>28</sup> Bausani, o. c.: «Quanto alla ortografia...è notevolmente esatta....Tuttavia, se teniamo conto della completa mancanza in Pigafetta do ogni preparazione linguistica e delle difficoltà fra le quali egli lavoraba, questa lista è, nel complesso, mirabilmente accurata», pp.17-19.

sovra la testa. Il capitano generale mandò uno de li nostri a lui açiò facesse li medesimi acti in segno de pace, et fati, lo conduce....dinanzi al capitano generale, quando fo nella sua et nostra presentia, molto se maravigliò et faceva segni con uno dito alzato, credendo venissemo dal cielo. Questo erra tanto grande che li davamo a la cintura et ben disposto...» (73-74).

(Un día, cuando menos lo esperábamos, un hombre de figura gigantesca se presentó ante nosotros. Estaba sobre la arena casi desnudo, y cantaba y danzaba al mismo tiempo, echándose polvo sobre la cabeza. El capitán envió a tierra a uno de nuestros marineros, con orden de hacer los mismos gestos, en señal de paz...[y los hizo]...se dejó conducir...ante el capitán general...Dio muestras de gran extrañeza al vernos, y levantando el dedo, quería sin duda decir que nos creía descendidos del cielo...Era tan grande que nuestra cabeza llegaba apenas a su cintura) (52).

### Al cabo de seis días llega otro:

«più grande et meglio disposti de li altri et tanto trattabile et gratioso, saltando balava et, quando balava, ogni volta cazava li piedi soto terra uno palmo. Stete molti giorni con nui, tanto que'l batissemo chiamandolo Iohanni. Così chiaro prenuntiava Iesu, Pater Noster, Ave Maria et Iovani como nui, se non con voce grocissima. Poi el capitano generale li donò una camiza...un spequio, uno petine, sonagli et altre cose, et mandòlo da li sui...ma più nol vedesemo. Pensamo li suoi lo havessero amazato per avere conversato con nuy» (75-76).

(...más grande y estaba mejor formado que los otros; tenía también los modales más dulces; danzaba y saltaba tan alto y con tanta fuerza, que sus pies se elevaban muchas pulgadas en la arena. Pasó algunos días con nosotros...le bautizamos poniéndole el nombre de Juan. Le enseñamos a pronunciar el nombre de Jesús, el padrenuestro, etc., y llegó a recitarlo tan bien como nosotros, pero con voz fortísima. El capitán general le regaló una camisa, una chaqueta, unos calzones de lienzo, un gorro, un espejo, un peine, algunos cascabeles y otras bagatelas. Se volvió con los suyos muy contento...pero después no lo volvimos a ver, y sospechamos que sus camaradas le mataron por haber [conversado] con nosotros) (55).

Y después de dar la lista de los noventa términos patagones (88), Pigafetta añade un comentario fónico: «Tuti questi vocabuli se pronuntiano in gorgha perchè cussi li pronuntiavano loro» (91; no está en la v.e.). Y así justifica Pigafetta esta precisión:

«Me disse questi vocabuli quel gigante, che havevamo nella nave... Quando el me vite scrivere questi nomi, domandandoli poi de li altri con la penna in mano, me intendeva» (91).

[Me dijo estos vocablos el gigante que llevábamos en la nave]...apenas me veía coger la pluma y el papel, venía enseguida a decirme los nombres de los objetos que alcanzaba su vista...) (62-63).

Siempre fue igual este proceso, «sempre parlando con segni scrissi assai cose come le chiamavano» (109; 75). Pigafetta indicaba a su informador, fuera brasileño, patagón, filipino o malayo, lo que tenían ante sus ojos, seña-

lándolo con la pluma, éste le decía la palabra en su lengua y Pigafetta inmediatamente, atento siempre a la fonética, a la articulación de los sonidos («haveva una voce simillea uno toro», 70; 51, dice del caníbal del que volveremos a hablar más adelante), la transcribía lo mejor que podía, al lado de la palabra en su lengua, la italiana, o mejor dicho, en su dialecto vicentino, salpicado de algunos iberismos<sup>29</sup>.

Como han destacado Cardona y Bausani<sup>30</sup> el hecho de que cada lista empiece con la expresión: «al capo», «al ochio», «al nazo», «al homo», «al la donna», «al corpo» etc.; «al rizo», «al melone», «al ovo», «al spequio», «al colore negro», «al rosso», «a la scutella» etc. y a continuación la traducción en la lengua del indígena de turno, indica que la pregunta se efectuaba por medio de gestos concretos. A medida que aumentaba la confianza y la comunicación, los vocabularios se iban ampliando y recogiendo términos relativos al tiempo («Da matina», «hieri», «l'altro giorno»), al tamaño («grande», «picolo», «corto»), a los números (desde el uno hasta un millón hay en el vocabulario malayo), a los actos de los hombres («al bere», «al mangiare», «al parlare») y los de las cosas habituales («alle store dove dormono», «a le sue barche grande») que también se podían indicar con señas, como las cantidades, el tiempo, o lo que hay que hacer con algo: «li facessemo segnio amaymasse le velle, et lui, non volendole...».

Y siempre se prestaron a ello los indígenas:

«Grande familiaritate pigliarono con nui questi popoli. Ne discero molte cose como le chiamavano et li nomi de algune ysole, che se vedevano de qui ...pigliasemo gran piacere con questi, perchè erano asay piacevoli et conversabili» (104-105).

(Los isleños se familiarizaron tanto con nosotros, que por este medio pudimos aprender los nombres de muchas cosas...[y los nombres de algunas islas que se veían desde aquí...estuvimos muy a gusto con ellos porque eran amables y habladores]) (71).

Aunque alguna vez la conversación fue imposible:

«...trovassemo, in uno fiume de acqua dolce, homini che se chiamano Canibali et mangiono la carne humana. Vene uno, de la statura casi como uno gigante...haveva una voce simille a uno toro...saltassimo in terra cento homini per havere lingua et parlare secho ho ver per forsa pigliarne alguno. Fugiteno, et fugendo facevano tanto gran passo che noi saltando non potevamo avansare li sui passi» (70).

<sup>29</sup> Bausani, *The first*, y M.G. Scelfo, «Della spedizione Magellano/Elcano nella relazione di Antonio Pigafetta», *Studia Iberistica*. In memoria di Giuseppe Carlo Rossi, Istituto Universitario Orientale, Nápoles, 1986, pp.178-187, n.13.

<sup>30</sup> G.R. Cardona, *Introduzione all'etnolinguistica*, Bologna, Il Mulino, 1976, pp. 31-33; Bausani, o.c. p. 23 n. 6. Hablé de algunos de estos aspectos lingüísticos en el Congreso Internacional «Portugal e os mares: um encontro de culturas», Nápoles del 15 al 17 de diciembre de 1994.

(...encontramos un gran río de agua dulce. Aquí habitan los canibales o comedores de hombres. Uno de ellos, de figura gigantesca y cuya voz parecía la de un toro...saltamos a tierra cien hombres y les perseguimos para capturar algunos; pero daban tan enormes zancadas, que ni corriendo ni aún saltando pudimos llegar a alcanzarlos) (51).

La exagerada desproporción de cien hombres persiguiendo a unos cuantos canibales es comprensible cuando unas líneas después explica Pigafetta,

«in questo fiume fu mangiado da questi Canibali, per troppo fidarse, uno capitano spagnuolo, che se chiamava Iohan de Solis, et sesanta homini, che andavano e discovrire terra como nui» (70-71).  
(en este río [es donde Juan de Solís]...fue comido por los canibales, de los cuales se había fiado demasiado, con sesenta hombres de su tripulación) (51)<sup>31</sup>.

En los cuatro vocabularios, Pigafetta reúne las palabras y las expresiones que tienen un equivalente en su lengua, pero, además, a lo largo del libro recoge los nuevos nombres que tienen las cosas nuevas.

Los nombres con los que bautizan a los accidentes geográficos: «Plantamos una cruz en la cima de una montaña cercana, a la que llamamos *MonteCristo*, y tomamos posesión de esta tierra en nombre del rey de España» (81; 58); «..llegamos a un río al que llamamos *de las Sardinias*, a causa de la inmensa cantidad que vimos de estos peces» (86; 61); «La isla desierta en la que nos habíamos establecido la llamaban Humunu los isleños, pero nosotros la denominamos la *Aguada de las Buenas Señales*, porque en ella encontramos dos fuentes de agua excelente y descubrimos los primeros indicios de oro en este país» (105; 72). Y así, explicando siempre el porqué, aparecen el Cabo Deseado (86; 61) y el de las Once Mil Vírgenes (82; 59), las islas Infortunadas (94; 65) o las de los Ladrones (99-102; 67-69).

La escrupulosidad lingüística de su diario puso al alcance de sus destinatarios conocer exactamente lo que Pigafetta vio por primera vez. Pigafetta a todo llega a darle un nombre, pues, ya hemos visto que lo pregunta todo, por señas, o alguna vez ayudado por el intérprete de a bordo. Hemos recogido algunas de las fórmulas que emplea Pigafetta para conocer y describir lo que hasta entonces no se conocía o era diferente. Una de las más habituales es la de recurrir a la explicación cuidadosa de la palabra de la lengua extraña:

«habitano in certe case longue che le chiamano *boii* et dormeno in rete de bambaso, chiamate *amache*, ligade ne le medeme case da uno capo et da l'altro a legni grossi...il suo re è chiamato *cacich*...hanno barche d'uno solo arburo maschize, quiamate *canoè*» (65-67; 48-49).

<sup>31</sup> Juan Díaz de Solís, descubrió el Yucatán con Pinzón en 1507, exploró la bahía de Río de Janeiro y en 1512 cayó en manos de antropófagos, que lo devoraron junto con sus compañeros.

Otras veces ha de hacerlo por medio de equivalencias o comparaciones aproximadas:

«queste borchie sonno de metalo et se fanno ne la regione del Signio Magno, che è detta la China. Quivi le uzanno como nuy le campane et le chiamano *aghon*» (122; 85-86).

Otras da la palabra en tres lenguas:

«quivi chiamano li garofoli *ghomode*, in sarangani...*bomghalavan*, et in Malaca *chianche*» (176; 122).

Lo que ha oído Pigafetta se antepone, en su relato, casi a lo que ha visto. «Le devisement du monde», la descripción del mundo, el tratado enciclopédico, el discurso histórico-etnográfico, incluso las lecturas de los viajes fantásticos ceden el paso a lo que ha oído. Y no me refiero a las ya viejas historias de maravillas y de monstruos sino a las casi mil voces nuevas, a veces roncas, «voce grossissima», otras suaves, «voce sottile», obligadas a pronunciar cientos de veces, repetidas por él mismo, apuntadas, copiadas, rectificadas y, finalmente, ordenadas cuidadosamente y con la traducción al lado.

Las islas a las que llegó Pigafetta, paradisíacas desde luego, están para él llenas de voces. El atractivo para él era escuchar nuevas palabras, saber cómo se llamaban las cosas más cotidianas, y cómo las decían los indígenas.

Pero Pigafetta no se limitó a conocer y a transmitirnos unas lenguas comerciales o de relaciones primarias, una lengua franca que sirviera a otros navegantes y mercaderes, sino algo más que la forma y el color o la justa pronunciación de los nombres que tienen las nuevas cosas y los nuevos animales y frutos. Pigafetta llegó a entender las expresiones emotivas propias de la retórica y el pensamiento oriental, y logró plasmarlo en un lenguaje que el primer destinatario, Villiers, pero también el Papa y los Gonzaga, entonces, y nosotros, ahora, comprendemos.

«Il nostro re ne dise, lui assimigliare uno fanciulo, che latasse et cognioesse la sua dulce madre, et, quella partendosi, lo lassiare solo: magiormente lui restare desconsolato, perche già ne haveva cognioessuto et gustato alchune cose di Spagna...» (179).  
 ([nuestro rey nos dijo] que le parecía ser cual un niño de pecho [y conociera a su dulce madre y, marchándose ella le dejara solo: quedaba él aún más desconsolado, porque ya había conocido y probado algunas de las cosas de España]) (126).